CAPITULO III.

LA GRAN BASILICA.

Impresiones del arte externas e internas.

SI Guadalajara no tuviera otra cosa con que atraerse al viajero y al amante de lo bello; si nada hubiera que enseñarle de importancia, bastaría tan sólo con su gran Basílica para recompensarle con usura todas las molestias, todas la fatigas de una larga peregrinación. El punto objetivo de esta bella ciudad, lo es sin duda su catedral. Por verla y estudiarla he venido yo aquí. Mis horas de vagancia en busca del arte y de sus impresiones eternamente bellas, dulces y consoladoras, siempre han comprendido la contemplación de la gran Basílica, tanto por dentro como por fuera. Desde sus gótico-toscanas torres he visto al sol poniente tender su manto de púrpura y de oro por todo el valle, los montes y la ciudad. ¡Allí me he ensordecido pasageramente, cuando el bronce de la campana, repitiendo la oración de la tarde mo-

ribunda, enviaba sus lamentos al espacio junto con las preces del creyente, al cielo! Desde las bancas de hierro del aromático jardín de la Plaza de Armas, he contemplado, absorto el pensamiento, esa enorme mole arquitectónica de tan bellas líneas y matemáticas proporciones destacándose ante mi vista como un palacio de oro bañado todo por la argentina luz de la luna. ¡Qué conjunto aquel! Torres piramidales, de 70 metros de elevación, cúpulas semi-esféricas; la del coro, amarilla y brillante como una gran toronja; la del Sagrario, clásica y armoniosa, como una concepción del arte helénico trasplantado á Roma, de allí importada á Guadalajara y eregida en este templo por el insigne arquitecto jalisciense D. Manuel Gómez Ibarra. Arcos dóricos entre columnas jónicas formando columnata, con colosales ventanas y vidrios de forma triangular; elegante cornisamento sirviéndole, en su parte superior, de balaustrado con pedestales y jarrones que corresponden con cada una de las columnas de abajo; sobre todo esto, la media naranja de la cúpula; arriba de ella, una preciosa linternilla, de siete metros de altura, poética y artística como el kiosko de una princesa del Oriente, y todo coronado por una bola sobre la que se levanta airosa una cruz griega de metal, evocando el lema eterno de Constantino: "IN HOC SIGNO VINCES." (*) Sí, ¡qué conjunto más bello es el formado por la gran Basílica y el edificio del Sagrario! En la primera todo revela el espíritu del arte toscano que, aunque es una degeneración del dórico, tiene enmedio su sencillez cierta hermosura arquitectónica. En el segundo todo es casi griego; por eso es tan armonioso,

(*) Bajo este signo vencerás.

tan bello é inspirador. ¡Qué gran realización del arte!.... dos monumentos en uno; Grecia y Toscana en la bella Guadalajara. Allí está el pórtico que ve al Poniente, formado por seis columnas de orden dórico, coronadas por un precioso ático perfectamente labrado, y sobre el que descansan en sus diversos pedestales tres grandes estátuas: la de la Fé en el centro, con su correspondiente elevación al triángulo del ático; á su derecha la Esperanza, á su izquierda la Caridad. Tienen en su actitud estas estátuas bastante magestad; tan griegas en el tratamiento de sus paños, como romanas pueden serlo en su expresión. Tras de tan clásico pórtico se destaca esa parte del edificio que forma la cruz latina, circundado por elegante balaustrado con macisos jarrones; y después la gran cúpula de que venimos hablando, que se echa de ver por todos lados como un pensamiento de Bramante realizado en Guadalajara. Bella es también la parte de este edificio que tiene vista hacia la Plaza de Armas, con su gran puerta estilo también dórico, sus elegantes proporciones y su poética habitación del padre sacristán, los arcos de la cual dan también á la Plaza. Aquella tranquila mansión tiene su atractivo con sus plantas, sus pájaros y su estilo hispano-morisco.

Es hermoso también el átrio de la Catedral; su enverjado de hierro digno de cerrar tan magestuosa fábrica arquitectónica. Sobre las puertas de éste, cual guardianes silenciosos de esta Basílica, se destacan las llaves y la mitra de la iglesia católica y de esos prelados ilustres que han sabido ser honra y provecho del catolicismo en la Nueva Galicia. Con todo este conjunto tan lindo y armonioso me he deleitado muchas veces. Como amante del arte, como

adorador de lo bello, me es muy grato estudiar la Gran Basílica y su Sagrario; por eso yo la he visto exteriormente, cuando el rayo atronador pasaba arriba de sus torres y el relámpago fugaz la iluminaba, ó la luz apacible de la luna, cambiando la decoración, envolvíala, como se envuelve á una novia, en blanco y vaporoso velo. También la he contemplado cuando el luminar del día le arrojaba su luz, y ella ensimismada se cubría con el manto imperial de sus propias sombras.

* * *

Cuenta la historia de la fundación de esta ciudad, que después del templo de San Francisco se edificó la Catedral; y á juzgar por una inscripción que se ve en su interior, fué comenzada en el año de 1561 y concluida un siglo después. Pero el siglo XVII fué en realidad el verdadero siglo para el arte religioso de la Nueva España, pues á las nuevas creaciones del Renacimiento italiano, había que agregar todos los ideales realizados del arte flamenco; así es que, era rico el material para la edificación de los templos; pero también había ya en América mucho espíritu religioso y cuantiosos caudales para llevar á cabo las obras magnas de arte. Por eso, en este siglo se terminaron las obras cuyos cimientos se habían puesto en el anterior y sobre los que tenían de levantarse tantos templos y basílicas que hoy día admiramos en nuestra patria, como obras maestras del humano ingenio. Si México, desde 1573 había comenzado á levantar su grandiosa dórica-catedra-

sobre las ruinas del idólatra templo, y si ésta había tenido tan notable arquitecto, como lo fué Alonso Pérez Castañeda, no cabía en lo posible, que, Guadalajara no encontrase en el arquitecto Martín Casillas, un tan célebre constructor como lo fué el primero. Si la fundación de este gran templo se le debe al segundo Obispo de la Diócesis, al Illmo. Sr. Don Pedro Ayala, el proyecto de construcción se le debe al genio de Casillas, tan empapado en los ideales de su siglo, como imbuido en las realidades y bellezas de las creaciones de la antigüedad. Pero no solo á él debe Guadalajara lo que es hoy día su espléndida Basílica; el paso de los años y las convulsiones de la naturaleza, debido á erupciones volcánicas, ha hecho sus estragos, felizmente repuestos por obra de inteligencias superiores, que siempre serán honra del Estado y del país. Así, por ejemplo, el terrible temblor de 1750 que amenazó, según tradición, sepultar la ciudad, como en este mismo año había acontecido en Santo Domingo, con Puerto-Príncipe, derrumbó el frontis de esta Catedral y arruinó muchos otros edificios. Más en aquel entonces, según cuentan las crónicas, florecían las artes, el comercio y la industria junto con la agricultura; en ciudad como ésta, lógico era suponer que en el lugar del derrumbado frontis se levantaría otro nuevo que superaría en belleza al anterior. Sea como fuere, el actual es hermoso como lo es bastante original en su concepción. Pertenece á un orden arquitectónico que reconoce y comprende el estilo toscano, el dórico y aun algo que tiende al gótico, como se echa de ver en las lucarnas de forma oval en las terres y en el gran semi círculo que corona el frontis del edificio, ornamentado con ese estilo ojival usado por los españoles

en los siglos XVII y XVIII. Tres grandes puertas dan entrada á esta Basílica en su frente principal. La del centro es la más ornamentada, pues su arco dórico, de bellas proporciones ostenta de cada lado dos columnas de orden corintio; en el entrepaño de arriba, un laborioso bajo-relieve representando los apóstoles en tres nichos con proyectante marco, todo de bellas proporciones. Es un fondo de altar tallado en piedra sobre el muro, evocación de la escuela pre-Rafaelista, y bastante común en los frontispicios de todos los templos eregidos en América por los conquistadores. Arriba de todo esto, un hermoso alto-relieve representando la asunción de la Virgen. Pero tendiendo la vista más arriba, se echa de ver en forma de abanico, el gran adorno que en el centro forma el semicírculo dividiendo sus ojivales la preciosa torrecilla del reloj que airosa y elegante se levanta en las alturas, como un recuerdo, aunque en pequeño, del arte de los árabes.

Al terromoto mencionado de mediados del siglo XVIII le siguió otro: el de 1818, que echó por tierra las antiguas torres de este templo del arte religioso; y, por fin, otra imponente convulsión de la naturaleza, 31 años después, venía á destruir otra vez más las torres que por tercera vez se han vuelto á construir, bajo el diseño del ya mencionado insigne arquitecto jalisciense D. Manuel Gómez Ibarra. Pero sea dicho de paso, pues no con poca frecuencia encontramos que el nombre de Gómez Ibarra, como el de Miguel Angel, en Roma y en Florencia, se encuentra conectado con todas las obras monumentales de esta Guadalajara. Por lo menos, apenas si hay un punto de vista en esta capital desde donde no se admire de cerca ó de lejos, alguna obra arquitectónica en la que su ingenio no haya desplegado en alas del más riguroso clasicismo, las verdades y las magnificencias de su arte.

Caen las torres por tierra, como llevamos dicho; pero él levanta otras llenas de tanta originalidad, belleza y proporciones, que en su género no hay otras en toda la República. Pirámides octagonales en que termina cada torre, con airosa cruz griega en su remate; góticas flechas en sus cuatro extremidades; escudos con las armas de la Iglesia, todo esto coronando los cuadrados campanarios de estilo toscano enteramente puro, ¿Podrá encontrarse más singular conjunto? Sólo lamentaré que tan hermosas torres no hayan sido construidas con el mármol.

Ya he dicho cómo es la cúpula del Sagrario; ya también me he esforzado en describir por sus afueras este templo; pero lo que no he dicho es, lo que voy á decir ahora: que también al talento de Gómez Ibarra, debe Guadalajara este santuario. Su historia, es una breve historia. A la munificencia del gran Obispo Alcalde (de quien ya hablaré como merece), y quien dejó fondos especiales para su construcción, se debe esta obra. Mas ahora, en cuanto á su ejecución: en 1808, y bajo proyecto y dirección del arquitecto D. José Gutiérrez se comenzó, cuando la guerra de independencia; dos años después, hizo quedaran suspensos los trabajos, permaneciendo en este estado hasta el año de 1835, época en que Gómez Ibarra, encargándose de ellos, continuó la hermosa construcción hasta finalizarla en 1843, reformando el proyecto de la cúpula y realizando la estructura de un monumento que, en mi juicio, es bastante helénico para dejar de evocar un recuerdo de la clásica Atenas en *Wadi-al-jara.*

***

Pero es ya tiempo de penetrar en la Gran Basílica, vagar por sus naves, contemplar su belleza arquitectónica, subir al altar mayor, sentarse en el coro é ir por fin en busca de todo lo que tiene, como el célebre cuadro de Murillo, que está en la Sacristía y es la joya pictorica de esta catedral

El valor de una impresión muy favorable al penetrar á un templo, es un valor muy duradero, pues nadie olvida los efectos estéticos de una primera impresión. de una cosa, de un objeto, real y verdaderamente bello. Con esta Basílica me ha pasado lo que con otras de su género en diversas partes del mundo: me ha encantado haciéndome sentir los efectos maravillosos que en el alma se experimentan con todo lo que es perfecto, armonioso, hermoso en su esencia y en alto grado representativo de la idea germinada en el humano cerebro é interpretada maravillosamente en su traslado al mármol, al bronce ó á la cantera. Mas haciendo abstracción de estas reflexiones, junto con mis particulares sentimientos, pasaré á hacer la descripción del interior de esta Basílica, tan digna, por mil títulos, de encomio y admiración

Las naves.—Dividen el interior tres de éstas: dos laterales y una principal que es la del centro, antiguamente interceptada por el coro, según costumbre en las catedrales de origen español, hasta que en 1827 el arquitecto D. José Gutiérrez comenzó á quitarlo dejando libre esta nave, como en la generalidad de las basílicas de Italia, Francia, Bélgica y otras

partes, dando con esto más amplitud y magestad al templo cuya nave central conduce siempre al punto objetivo de toda creencia dimanada del catolicismo, quiero decir: el altar mayor. ¡Pero cuán bellas son estas naves! Bellas por sus proporciones—256 piés de longitud por 57 de latitud y 108 de ancho;—bellas, porque representan el espacio poblado de columnas que parecen un bosque tropical con bóvedas que ponen dique á su mayor crecimiento, y con arcos de punto redondo que embellecen la perspectiva bajo la influencia de la poesía de su propia luz, con su natural contingente de sus propias sombras.

Las columnas.—Treinta hay en el templo, de las que dieciséis corresponden á los lados N. y P. de la nave del centro, y aunque todas están muy bien construidas, las que más llaman la atención, son las de la nave principal, por su originalidad y sólida grandeza. Jamás he visto en ninguna basílica del mundo columnas parecidas á éstas: grupos de cuatro columnas dóricas formando una sola y coronando su base superior un capitel, que parece una canastilla hecha con las airosas ramas y hojas de la palma, y que se entrelace con las bóvedas, de arista, como un pensamiento de la tierra que busca una salida para el cielo! Con razón alguien ha comparado este interior *á un hermoso bosque de esbeltas y graciosas palmeras.* Tan fundada encuentro esta ideología, que si la arquitectura debe mucho al génio del hombre, éste á su vez, debe mucho á la naturaleza. ¿Acaso el tronco del árbol no sujirió la idea de la columna? ¿No fué la hoja de acanto lo que dió á Calimaco, la bellísima idea del capitel corintio? ¿La bóveda celeste, no ha sido acaso el sublime modelo, la fuente inspiradora, para la creación de la gran cúpula? ¡Ah! el eminen-

te crítico Ruskin, hace ya muchos años que nos viene diciendo: *"El arquitecto, así como el pintor, debe "de residir en la ciudad lo menos posible. Enviadle á "los cerros y que allí se ponga á estudiar qué cosa es "un baluarte, qué una cúpula, tal cual la naturaleza "lo interpreta."* Pero volviendo á las columnas de esta Basílica, diré que su valor arquitectónico no sólo depende, á mi juicio, de su belleza y buena construcción, sino también de que en ellas se ha estampado la eterna alegoría de lo que es hermoso y natural en la creación. De este conjunto resulta, pues, su mérito; ahora, en cuanto á lo demás, el autor de ellas no ha hecho más de lo que hicieron los Lombardos en su época: recojer los fragmentos de un arte más noble que el suyo y con éstos reconstruir algo que estuviera más en armonía con sus propios pensamientos; ó lo que hizo también el arquitecto de la basílica Romanesca, (según Ruskin): tomar sus columnas y sus capiteles de donde los pudo encontrar. Sólo en una cosa no puedo estar de acuerdo: con que se hayan pintado estas columnas y, con que más adelante se les pinte todavía más. Pintar la cantera para imitar el mármol, es cosa común entre nosotros; broncear el yeso para imitar el bronce, es otra aberración propia, como lo he dicho varias veces, á esos mutiladores del arte. El gran Creador nos ha hecho la montaña con sus espléndidos componentes de rocas, piedras, máamoles y metales; entre estos últimos el bronce. A cada cosa le ha dado su colorido propio, como le ha dado su fuerza y su belleza altamente representativa, completamente ideal; y el hombre en su ignorancia ó su torpeza, pretendiendo enmendarle la plana á la naturaleza, ha incurrido en graves é inconvenientes errores en materia de arte.

Presumo que á la altivez de la raza española, junto con su carácter naturalmente fastuoso, debemos esa idea de pintarlo todo y hacer aparecer á la piedra mármol, ó bronce á lo que no lo es. ¡Triste realización del falso ideal que siempre anda á caza de lo que no es verdadero!

Luz y altares en las naves.—De todas nuestras catedrales ninguna tiene tanta luz como ésta. Poco ó nada hay aquí oculto entre las sombras, sino es cuando declina el sol ó se anublan los cielos; y no es la luz por cierto lo que da aspecto magestuoso á una basílica. Es la sombra, la misteriosa sombra lo que le da á San Marcos, en Venecia, á San Denis, en Francia, á las catedrales y abadías en Inglaterra, á San Gedule, en Bruselas, y en otras basílicas del mundo, ese aspecto grandioso é imponente, cuando el ropaje de las tinieblas envuelve los objetos y semioculta las grandes y edificantes creaciones del arte en sus siglos diversos. Yo, quisiera que estas hermosas naves tuvieran menos luz blanca, y que por sus claraboyas y ventanas penetrase una claridad velada por vidrios de colores, como tienen los canceles de sus puertas, ó las hermosas vidrieras pintadas al estilo de la Edad Media, de las ventanas cabeceras de las naves, obra ejecutada en París: una que representa la "Mujer adúltera," la otra, la "Resurrección de Lázaro." Pero aun más, quisiera que lo que falta por hacer fuese pintado á mano con más pasajes bíblicos, por pintores jaliscienses, y que esto modificase la luz de la Basílica y con ella ese aspecto que tiene de moderna que, sin contar con muchos siglos de existencia, sí por lo menos data del siglo XVII á la época presente. Pero hay, además, algo en estas naves que las hace aparecer todavía más llenas de

luz: sus once altares, de orden Corintio, blancos como la espuma del Océano, con infinitos adornos dorados, principalmente por su parte inferior. Prevalece en todos nuestros templos, este género de altates en casi todas nuestras naves, y si hacemos excepción del altar mayor y los de estilo Churrigueresco en algunos lugares, como en el templo de Santa Clara en Querétaro, ó el altar llamado de los Reyes en la catedral de México, soberbias realizaciones de un arte demasiado fantástico, bien se puede asegurar que aquel que ha visto uno de estos altares blanco y oro los ha visto todos.

El altar mayor.—Ya he dicho que el punto objetivo en la nave principal de un templo es el altar mayor. En mi estudio sobre "La Catedral de México," publicado en el segundo tomo de *El Artista* (1875), dije hablando tocante al altar: que éste fué instituido (en las iglesias de la cristiandad), por Sixto I. A. D. 135; y consagrado por el Papa Silvestre, dato que ahora me permito repetir, por creerlo siempre de interés para muchos que lo pudieran ignorar. Como punto objetivo, de la nave principal de esta Basílica, y bajo el centro de su penúltima bóveda, al Oriente, se destaca en alta y ancha plataforma, con escalera de mármol blanco y lindo balaustre de lo mismo, con adornos de bronce dorado, ejecutados en Milán, el marmóreo tabernáculo, cuyas puertas, también de bronce, encierran el portentoso misterio de la Fé Católica! Es el ciprés, en sí mismo, todo un pequeño templo, demasiado pequeño (á mi juicio), para la magnitud de esta Basílica. Pero presumo que como el coro queda detrás, haberle dado mayores dimensiones á este altar, hubiera sido ocultar las magnificencias del primero con

la mayor magnitud de lo segundo. Por todos sus costados se puede decir misa, pues son cuatro los altares que tiene y sobre éstos se eleva coronándolos, una especie de rotunda con su cimborrio y cruz latina, que asume la forma de la basílica bizantino-romana. En los cuatro ángulos de este altar, se destacan cuatro magníficas estátuas de mármol de Carrara, representando á los evangelistas. La altura de éstas es la de 2 metros; y como obra de la estaturia, en su género, no sólo es lo mejor qus tiene este gran templo, sino lo más hermoso y perfecto que poseemos en toda la República. Es de lamentarse que este ciprés y sus estátuas, no sean obra de los escultores del país; pero á nadie debe sorprender, que habiendo sido este ciprés, estas estátuas, obra de marmolistas y de cinceladores genoveses, resulte una bellísima y atrayente concepción del arte. Encuentro en estas cuatro estátuas, todos los principales rasgos característicos de la grandeza de estilo que tanto distingue á la estatuaria romana, como por ejemplo: la selección del noble asunto, el amor á lo grande junto con lo bello y la inventiva siempre á la altura de la ejecución. Estas estátuas parece que hablan y piensan; revelando todas y cada una el carácter de los grandes personajes que han desempeñado un papel, una misión tan elevada en la historia del mundo. Hay, pues, en ellas grandes rasgos fisonómicos perfectamente interpretados en el mármol por el cincel del escultor, como hay una apostura natural y un tratamiento de paños bien comprendido. Hasta el año de 1860, hubo aquí un ciprés de plata, el que junto con los candiles de esta basílica del mismo metal precioso, se perdió en la revolución del año citado. El actual data desde 1863, época en que fué traído de Gé-